

Antes y después de las elecciones italianas

Antonio Pelayo

Trescientos cuatro partidos o formaciones políticas concurrieron a las elecciones del 27 y 28 de marzo, destinadas a configurar el paso de la primera a la segunda república italiana.

Este dato es, por una parte, indicio de la fecundidad creadora de un pueblo: al lado de las tradicionales fuerzas, se presentaban otras surgidas con denominaciones tan originales como “Vísperas Sicilianas”, “Utopía”, “Areópago para la dignidad de la política”, “Movimiento por la justicia Robin Hood” y hasta una “Lista Zapata” presidida por un aristócrata. Por otra parte, representa una derrota en toda línea de quienes creían fomentar con la nueva ley electoral una democracia más adulta, un bipolarismo a la americana o a la inglesa. El sistema mayoritario uninominal – inaugurado en estas legislativas– con una corrección proporcional del 25 por cien, sólo iba a permitir el acceso al Parlamento de media docena de partidos coaligados en torno a los polos de alianza que se han creado sin gran coherencia interna. En todo caso se ha producido, eso sí, una renovación de la clase dirigente que había monopolizado el poder durante casi cincuenta años.

En este último medio siglo Italia ha sufrido una transformación radical: ha pasado de ser un país pobre a integrarse en el Grupo de los Siete países más industrializados; su población relativamente joven en los años cincuenta, experimenta ahora un crecimiento cero con capas cada vez más ancianas; las migraciones sociales han transportado del Sur al Norte, en las décadas de los años cincuenta y sesenta, a más de trece millones de habitantes.

El bipolarismo de la guerra fría produjo, a escala nacional, un esquema de gobierno calcado del enfrentamiento EE UU-URSS. La Democracia Cristiana y sus aliados gobernaban frente a un Partido Comunista Italiano poderoso pero relegado a una permanente oposición. Esta situación se tradujo en una concentración excesiva de poder que derivó en una auténtica “partitocracia” y en una creciente corrupción. La operación “manos limpias”, iniciada por los jueces de Milán, el 17 de febrero de 1992, ha puesto en evidencia hasta qué punto *Tangentópolis* no era una excepción, sino un sistema que se ramificaba por todas las

Antonio Pelayo, miembro de la redacción de POLÍTICA EXTERIOR, escribe desde Roma sobre asuntos europeos.

estructuras del poder político, económico y empresarial hasta asfixiar cualquier intento de limpieza.

Los referendos celebrados el pasado año, especialmente el del 18 de abril sobre la reforma electoral, desbloquearon la situación y manifestaron una voluntad popular de cambio que obligaron al presidente Scalfaro a disolver un Parlamento que ya no tenía la menor credibilidad ante los propios conciudadanos. Meses antes de dar este paso, el Parlamento no había conseguido aprobar una nueva ley electoral, pese a haberlo prometido el presidente del consejo, Cario Azeglio Ciampi, con ocasión de su discurso de investidura.

Hubo que esperar al 3 y 4 de agosto de 1993 para que fueran aprobadas las leyes que regulan la elección del Senado y de la Cámara de Diputados. El sistema votado para la elección de esta última es mixto, es decir: son elegidos por un sistema mayoritario uninominal a una sola vuelta el 75 por cien de los diputados –exactamente 475– mientras que el 25 por cien restante –los otros 155, ya que la Cámara cuenta con 630 escaños– lo es por sistema proporcional. El elector recibe dos papeletas: con la primera designa el diputado que merece su mayor confianza, mientras que con la segunda indica un partido para que figure en la cuota proporcional del 25 por cien.

Para el Senado, cada ciudadano autorizado a votar recibe una sola papeleta, en la que el elector indica el candidato que quiere que le represente en la cámara alta, señalando el partido o coalición que lo apoya. El 75 por cien de los senadores –252 de la cifra total de 315– es elegido por sistema mayoritario uninominal; los 83 senadores restantes, por sistema proporcional, calculado no a escala nacional sino regional.

La ley electoral es compleja y ha sido muy criticada, pero ha permitido una renovación considerable del Parlamento, del que desaparecen aquellas formaciones que no han superado el cuatro por cien del voto para la Cámara de Diputados y casi el diez por cien para el Senado.

“La reforma electoral –escribía en las columnas del periódico romano *Il Messaggero* el 5 de agosto de 1993 el ministro para las Reformas Institucionales, profesor Elia– no hará nacer automáticamente el bipolarismo. Si existen tres o cuatro polos, si están enraizados en la sociedad, la ley no los hará desaparecer por encanto”. Intuición casi profética puesto que a las elecciones de marzo concurrieron en efecto tres grandes coaliciones: progresistas, el centro y el llamado “polo de la libertad” que reagrupa a una nueva derecha.

En un detallado análisis de la reforma electoral publicado en la prestigiosa revista de los jesuitas, *La Civiltá Católica*, en octubre de 1993, Giuseppe de Rosa concluía: “Incluso las mejores reformas pueden fracasar y llevar a resultados opuestos a los que se pretendían si los hombres que deben realizarlas son deshonestos o corruptos. Esto significa que Italia no cambiará si los italianos no cambian, haciéndose más honrados. Si ésta es una utopía, también será utópica la esperanza de que una nueva ley electoral –incluso más perfecta que la actual– cambie nuestro país”.

Palabras que resultaban clarividentes en vísperas del voto de marzo, que podía frustrar tantas aspiraciones de cambio.

Las dos referencias más inmediatas para las elecciones legislativas de marzo de 1994, fueron las administrativas que tuvieron lugar el 6 y 20 de junio, y el 21 de noviembre y 6 de diciembre de 1993. Ambas se celebraron de acuerdo con una nueva ley electoral, aprobada el 23 de marzo de 1993, que preveía la elección directa de los alcaldes. En estas consultas participaron diez millones de electores en las primeras y algo más de once en las segundas. Más de 1.500 ayuntamientos, entre los que se encontraban los de las mayores ciudades italianas, e innumerables consejos provinciales y regionales fueron renovados.

Aunque no podemos analizar con detenimiento en este artículo los resultados de aquellas consultas populares, algunas conclusiones de carácter general permitían indicar *mutatis mutandis* lo que habría de suceder el 27 de marzo. El dato más concluyente es que los electores infligieron un severísimo castigo a los partidos que habían gobernado Italia en las últimas décadas, tanto a escala nacional como local. Si la Democracia Cristiana descendió a sus mínimos históricos, el PSI y los componentes menores del "cuatripartido" casi desaparecieron del mapa.

Otra conclusión –o extrapolación si se quiere– es que los partidos o formaciones triunfantes fueron el Partido Democrático de la Izquierda (PDS, ex PCI), la Liga Norte y el Movimiento Social Italiano (MSI), neofascista. Era fácil deducir que sólo una alianza de quienes no se reconocían en estas entidades políticas Podía impedir que se repitieran en marzo los resultados de las administrativas de 1993.

La transformación de la escena política

Consecuencia obligada para los partidos derrotados fue la necesidad de proceder a una autorreforma muy rígida, excluyendo de los puestos directivos a las personalidades implicadas en los Procesos por corrupción y cambiando por fin sus denominaciones, simbologías y clase dirigente.

El Partido Socialista, que había sido durante una década feudo casi exclusivo de Bettino Craxi y de sus amigos, ha conocido en los últimos meses un trabajoso proceso de renovación con la esperanza de sobrevivir a la catástrofe. Giorgio Benvenuto, que consiguió la secretaría del partido con el apoyo de los viejos barones, quiso llevar a cabo, sin embargo, una reforma que comenzaba con una abierta voluntad de colaboración con la justicia. A pesar de las enormes resistencias de los protagonistas –diez de los 49 socialistas y 34 de sus 91 diputados son objeto de una investigación judicial– Benvenuto impuso su línea, pero la suya fue una victoria pírrica que pagó con un aislamiento total dentro del partido. El 20 de mayo de 1993, cuando no había cumplido cien días en la secretaría del PSI, sacó sus propias conclusiones y dimitió. Para sustituirle fue designado el sindicalista Ottaviano del Turco que desde el principio anunció su voluntad de fomentar un acercamiento a la izquierda sin ceder al hegemonismo del PDS la propia

identidad. El PSI concurría a las elecciones como modesto componente del bloque “progresista” y sólo por esta razón no ha quedado fuera de las Cámaras.

La operación más difícil ha sido la transformación de la Democracia Cristiana en el Partido Popular Italiano bajo la guía del senador Mino Martinazzoli. En su “asamblea programática constituyente”, que tuvo lugar a finales de julio de 1993 en Roma, se decidió “dar vida a una nueva entidad política de inspiración cristiana y popular destinada a abrir la tercera fase de la presencia de los católicos democráticos en la historia de Italia”. Martinazzoli recibió poderes extraordinarios para convocar y preparar el congreso del nuevo partido. La orientación de fondo podría resumirse en el lema “renovarse sin renegarse”.

A pesar del mandato recibido de la asamblea, con un solo voto en contra, el “comisario” Martinazzoli tuvo que afrontar enormes dificultades internas para llevar adelante el proyecto. En primer lugar, la neta y clara oposición de un influyente sector de la vieja Democracia Cristiana que se negaba a desaparecer y a ceder el poder dentro del partido. Pero, sobre todo, la histórica división interna de la Democracia Cristiana italiana, expresada y contenida a través de sus famosas corrientes, tomó incluso una apariencia territorial con dos bloques geográficos claros: el primero engloba el Norte y Sicilia y reconoce como líder a la véneta Rossy Bindi y al siciliano Sergio Mattarella; mientras que el segundo se reserva el centro-sur bajo la égida de los parlamentarios Mastella, Bianco y Casini. Los esfuerzos de Martinazzoli de mantener la unidad de estas dos “almas”, divididas no sólo por las concepciones ideológicas sino sobre todo por las alianzas estratégicas, han resultado al final estériles.

El 18 de enero de 1994 nacía en la sede del Instituto Sturzo de Roma el nuevo Partido Popular Italiano: la fecha recordaba el 75 aniversario del llamamiento hecho por Don Luigi Sturzo “a todos los hombres fuertes y libres de Italia” para formar el originario PPL. Ese mismo día nacía el segundo “ballenato” (la DC era conocida en el argot político italiano como la ballena blanca), es decir, el secesionista Centro Cristiano Democrático, guiado por algunos de los parlamentarios antes citados, y que proclamaba su voluntad de aliarse electoralmente con Forza Italia de Silvio Berlusconi y el neofascista MSI.

Martinazzoli, por el contrario, reivindicó en el primer congreso del PPI, celebrado el 22 de enero, una imagen de partido depurada de los fangos del pasado. “Decimos no a la partitocracia, a la degeneración de los partidos y decimos sí a la presencia, al valor de los partidos en una democracia moderna”. Reivindicó también la centralidad del programa en la vida de las formaciones políticas y condicionó a la compatibilidad de los mismos las posibilidades de una u otra alianza electoral, dando por descontado que en el actual panorama italiano la única posibilidad realista de pacto era con Mario Segni y sus “populares por la Reforma”. Quedaban fuera de consideración los “avances” del PDS de Occhetto, que no ha renunciado nunca a relanzar la famosa unidad con los “católicos progresistas”, o la posibilidad de entendimiento con la Liga de Umberto

Bossi anclada en un separatismo *de facto* incompatible con la unidad del Estado.

A pesar de las evidentes afinidades culturales entre Martinazzoli y Segni (ex democristiano), la alianza entre ambos no ha sido fácil y a ello ha contribuido no poco la trashumancia política de este último, que le ha restado una parte considerable de su tradicional prestigio. Segni y sus "populares por la Reforma" proclamaron desde su nacimiento, en el verano de 1993, su vocación de convertirse en un polo reformador en el que trabajasen codo con codo católicos y laicos en toda la extensión de su gama. Dieron, consecuentemente, su adhesión a la "Alianza Democrática" (AD), una unión trasversal de parlamentarios de diversos partidos, incluido el PDS. Con un notable error, Segni y sus amigos llegaron a creer en un cierto momento que Achile Occhetto podría renunciar a la hegemonía del ex PCI en un grupo integrado por grupos políticos mucho más débiles que el suyo y no organizados entre sí.

Segni abandonó el 1 de octubre, de forma amistosa, la AD y se lanzó a la creación de un "Pacto por el Renacimiento Nacional", refrendado antes de febrero de 1994 por un millón de firmas. Su movimiento se colocaba como una alternativa al PDS (Partido Democrático de la Izquierda) y a la Liga de Umberto Bossi. A él dieron su adhesión algunas personalidades de cierto relieve, como el ex presidente del Gobierno, Giuliano Amato, y el ex ministro de la Defensa, Valerio Zanone, exponentes ambos de las alas moderadas del "laicismo". También recibieron los pactistas la "bendición" de uno de los periodistas más respetados de Italia, Indro Montanelli, cuando era aún director de *77 Giornale* de Milán.

Al ser convocadas las elecciones legislativas sólo se había constituido el polo "Progresistas" bajo la indiscutible égida del PDS; Mario Segni flirteó un poco con todos y llegó, incluso, a firmar un acuerdo con la Liga Norte representada por su portavoz en la Cámara de Diputados, Maroni. Causó estupor entre los observadores este giro de las alianzas y, más aún, que veinticuatro horas más tarde Umberto Bossi boicotease la operación dándola por no hecha. Con este indudable obstáculo moral, Segni negoció con Martinazzoli un definitivo acercamiento entre ambas fuerzas, constituyéndose en el centro del escenario político italiano. La confección de las listas electorales conjuntas fue extremadamente laboriosa por su obligación de no incluir en las mismas a ningún nombre de la vieja DC que hubiera estado mezclado en investigaciones judiciales. Segni seguía conservando prestigio popular, que se reflejaba puntualmente en todos los sondeos, e incluso él mismo no descartaba verse un día en el Palazzo Chigi, sede de la presidencia del Gobierno, pero su liderazgo solitario no ha cuajado como hubiera sido previsible hace tan sólo medio año.

El fenómeno Berlusconi

El fenómeno más nuevo de los comicios de marzo ha sido, sin duda, la figura de Silvio Berlusconi y de su "Forza Italia" creada en pocos meses

como una auténtica máquina de guerra para ganar las elecciones, como así ha ocurrido. Al *cavaliere* hay que reconocerle el mérito de haber sido uno de los primeros que alertó contra el peligro de no considerar que el sistema mayoritario uninominal, en una Italia políticamente dispersa, pondría la victoria en manos de quien fuera capaz de aglutinar en una coalición el mayor número de fuerzas. Sólo la izquierda –el polo progresista– parecía capaz de hacerlo y sus victorias en las municipales de 1993 demostró lo acertado del análisis.

En su alocución programática del 26 de enero –lanzada, por supuesto, a través de sus tres canales de televisión– Berlusconi anunció que “descendía al terreno de juego” para impedir a las izquierdas hacerse con el control político de Italia y evitar de este modo la catástrofe económica de su país y que éste se convirtiese en un régimen similar a los comunistas del pasado.

Muchos se han preguntado por las verdaderas razones del compromiso político de este magnate de la televisión y de las finanzas. La primera explicación dada por los observadores es que Berlusconi, cuya amistad personal y convivencia política con Bettino Craxi ha sido y es evidente, tenía fundados temores de que un gobierno dominado por el PDS no pudiera permanecer indiferente ante el monopolio privado que representa su imperio televisivo y editorial. El grupo Fininvest, cuya presidencia ha abandonado sólo ficticiamente poniendo al frente del mismo a su fidelísimo Fedele Confalonieri, está integrado por casi trescientas sociedades diferentes en las que trabajan unas 40.000 personas y declara haber facturado, en 1993, doce billones de liras (en torno a un billón de pesetas). Sin embargo –y ésta es otra explicación– para nadie es un secreto que el *holding* tiene serios problemas financieros y tales deudas acumuladas que los analistas han llegado a declarar que trabaja once de los doce meses del año para poder hacer frente a sus obligaciones con los bancos y las instituciones de crédito (la cifra oficial de los distintos débitos rebasa, en total, los 300.000 millones de pesetas).

Berlusconi, en todo caso, creó su propio movimiento político siguiendo las estrictas reglas del *marketing* y en pocos meses pobló todo el país con sus clubes “Forza Italia”. Fiel a sus presupuestos estratégicos, llegó a un acuerdo con la Liga de Umberto Bossi y, sobre todo, logró que éste aceptase como aliado al MSI de Gianfranco Fini. Se creó, así, el llamado “polo de la libertad”, del que los sondeos –especialmente los realizados *ad usum Delphini* por la propia empresa demoscópica del grupo berlusconiano Diakron– afirmaban que figuraba en cabeza de las preferencias de los electores; sondeos que han confirmado los resultados finales.

El fenómeno mereció una cuidada atención, como la que tuvo por parte de los sociólogos norteamericanos la candidatura de Ross Perot a la Casa Blanca. Era indudable que Berlusconi presentaba un *vacuum* político e intelectual muy preocupante; sobre todo cuando era perceptible que respondía a una cierta desertización de la sociedad amamantada por unos estrategas de lo audiovisual que la han querido así. Al mismo tiempo, el

líder mesiánico se presentaba como “salvador de la patria”, nombre que resolverá todos los problemas graves de la hora actual, incluidos los económicos (en la campaña llegó a prometer la creación no de un millón de puestos de trabajo, sino de por lo menos dos) y que dará a los ciudadanos paz social y entretenimiento garantizado, *panem et circenses*, como en los tiempos del viejo imperio. La definición de “peronismo catódico”, dada al berlusconismo, no es por lo tanto desacertada.

La Liga de Bossi aceptó la alianza con Berlusconi obligada por una razón de peso: el estancamiento e incluso retroceso notable de su electorado. El “voto de protesta”, que se manifestó en todo su volumen en las municipales, no sólo ya no es monopolio de los liguitas, sino que se estaba reciclando hacia otras formas de expresión política menos folclóricas que las del *senatur* Umberto Bossi. En su excelente ensayo “Dentro la Lega” (Roma: Koiné Edizioni, 1994), Luciano Constantini demuestra cómo la Liga, después de haber sido uno de los elementos fundamentales para desmontar el viejo sistema político italiano arruinado por la *Tangentópolis*, tenía colosales dificultades para presentarse como una fuerza creíble de gobierno nacional. Es indudable que su estrategia tiene que cambiar, además, porque la cantonalización de su voto en una franja del norte del país parece definitiva. Berlusconi, además de engatusarle con el apoyo de sus medios televisivos y editoriales, brindó a Bossi la oportunidad de ir a un eventual gobierno de coalición en caso de victoria. Pero, conseguida esa victoria, su reparto entre los tres componentes del polo pueden dificultar la consistencia poselectoral de la alianza, por no hablar de la titánica dificultad que supondrá llegar a un programa de gobierno que consista en algo más que prometer la rebaja de los impuestos.

Era consciente de todo ello Fini, el frío y calculador secretario general del MSI, que concurría a las elecciones al frente de la Alianza Nacional (AN), una minúscula coalición en la que sólo su propio partido tenía entidad y arraigo popular. También para él la alianza con Berlusconi ofrecía la ventaja de salir del gueto al que la sociedad italiana ha confinado durante cincuenta años a todo aquello que de alguna manera supusiera una continuidad del fascismo o un recuerdo del espíritu mussoliniano. Camuflándose, pues, en una alianza o coalición oportunista, el MSI encontró una respetabilidad que no había tenido hasta ahora.

Como compensación, el MSI aportaba un alto porcentaje de votos, sobre todo en el sur del país (como ya demostró en las municipales de 1993, en las que llegó a conseguir en algunos colegios al 40 por cien), es decir, allí donde la Liga separatista del Norte ni podía ni pretendía entrar y donde el mismo Berlusconi parecía menos implantado que en el centro.

El tercer polo en competencia era, por supuesto, el de los “Progresistas”, integrado por el PDS como columna central y algunos adminículos de menor entidad. El principal era la Refundación Comunista, el último reducto de los comunistas-ortodoxos (que recogía, por lo menos, un siete por cien del voto que antes iba al PCI); La Red, fundada por el alcalde de Palermo, Leoluca Orlando; los socialistas de Del Turco; la Alianza

Democrática; y los cristianos del Centro, un puñado de nostálgicos de los movimientos contestatarios de los años sesenta.

Achile Occhetto puede, con toda razón, apuntarse el tanto de haber previsto con más antelación que otros la absoluta necesidad del Partido Comunista Italiano (PCI) de transformarse si quería sobrevivir a la caída del muro de Berlín y al hundimiento de los régimes del socialismo real. Haciendo nacer “la quercia” (la encina), símbolo del nuevo Partido Democrático de la Izquierda (PDS), encontraba un reparo providencial para su propio futuro personal y el del partido que fue de Gramsci, Togliatti y Enrico Berlinguer. Durante los últimos tres años, la opinión pública había asimilado ya la “ruptura” estratégica. Por otra parte, al no haber estado nunca ligado directamente al poder nacional, al gobierno, le había mantenido relativamente indemne a los escándalos de la corrupción. Occhetto ha dicho que no se trata de una diversidad biológica (los comunistas y los “ex” son hombres como todos los demás), sino de una menor posibilidad de ser solicitados por la tentación. Cuando ésta ha existido, también se han registrado en las filas del PDS casos aislados de funcionarios corruptos.

Contra todo pronóstico, uno de los tres polos, el de Berlusconi, Bossi y Fini ha alcanzado la mayoría absoluta (366 escaños de un total de 630). Una buena parte del debate, del que estuvieron ausentes las ideas, los proyectos de política internacional, el futuro de la integración europea y otros problemas de fondo, se vio dominado por la discusión en torno a un inevitable gobierno institucional que acabase llevando al país de nuevo a las urnas en 1995, mientras proseguía la tarea de saneamiento económico. Los resultados, con la victoria de Berlusconi, modifican tales expectativas. El problema será ahora el de la formación de un gobierno integrado por políticos con intereses tan dispares.